

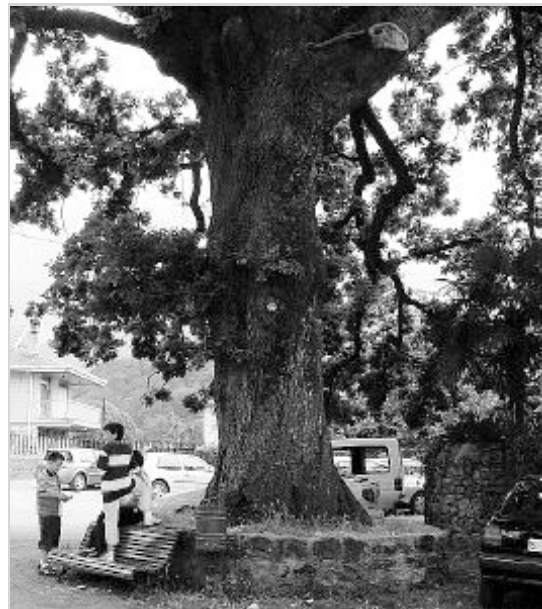
REINOSA

La Cajigona Carredana

02.01.2008 - ARSENIO SÁENZ DE MIERA

La cajiga aquella era un soberbio ejemplar de su especie: grueso, duro y sano como una peña su tronco, de retorcida veta, como la filástica de un cable; las ramas horizontales rígidas y potentes, con abundantes y entresijos ramos; bien picadas y casi negras las espesas hojas; luego otras ramas y más arriba otras, y cuanto más altas más cortas, hasta concluir en débil horquilla, que era clave de aquella rumorosa y oscilante bóveda».

Así comienza la novela 'El sabor de la Tierra'. Pereda describe magistralmente La Cajigona de Cumbrales. Esta descripción sirve perfectamente, también, para La Cajigona Carredana, sólo que, ahora, se da la dramática circunstancia de que este árbol se muere. Es evidente que todos los seres vivos tenemos que morir, como lo es también, que si a un anciano, como es el caso, se le trata con delicadeza, y si sus achaques y enfermedades reciben la atención adecuada, se están dando las condiciones requeridas para que su vida pueda prolongarse en buenas condiciones. Privado de esos cuidados, su existencia se acortará y empeorará.



Un grupo de niños juega bajo La Cajigona. / D. M.

El árbol carredano y su entorno no sólo han sido descuidados, sino que, además, se les ha agredido y maltratado. Hace ya varios años se alquitranó el camino que pasa bajo sus robustas quimas y junto a su poderoso tronco. Recientemente se tomó la decisión, lamentable e inútil, de enlosar la parte de terreno que se salvó de la anterior agresión y que está situado debajo de dichas ramas. Esta cajiga fue incluida en el inventario de árboles singulares establecido por la Diputación de Cantabria. Alguien tuvo la luminosa idea de dejar bien clavada en el tronco la chapa metálica que indica la aludida inclusión.

El escritor Alejandro Casona, y en relación con estas cuestiones, tiene dos obras teatrales tituladas 'La dama del Alba' y, especialmente, 'Los árboles mueren de pie'. Es cierto, así ocurre en la naturaleza con estos ejemplares del reino vegetal. Si comparamos su muerte con la nuestra, la de los seres humanos, podemos darnos cuenta de que existen notables diferencias físicas. Las personas, en el caso común de muerte natural, dejamos de existir estando acostados. Nuestros restos deben ser enterrados o incinerados con premura. El árbol, sus restos, pueden permanecer bien plantados durante bastante tiempo. Nuestros restos, repito, que físicamente, nada valen; los de los árboles pueden producir calor, servir para trabajos de carpinteros y ebanistas o para algo tan importante como es hacer posible la lectura. Usted, amable lector, lo está comprobando ahora mismo.

La naturaleza persiste, con sencillez, en darnos sus lecciones, pues no sólo, como dije antes, los árboles pueden permanecer bien plantados tras su muerte, sino que, además, se dan otras situaciones sorprendentes. Ahora nos alecciona por medio de los ejemplares caducifolios, especialmente de los robles. En invierno se origina el hecho de que, por algún tiempo, los árboles sin vida pueden confundirse fácilmente con aquellos que sí están vivos. Insólita situación, impensable entre los humanos.

«Quiero terminar deseando que la Cajigona tenga larga vida y que cuando ésta, por inexorable, llegue a su final, que alguien pueda decir en memoria suya un recuerdo tan bello como el que el escritor Antonio Gala ha publicado al morir su magnolio». Así terminaba un artículo que se me publicó hace ya 13 años. Pensaba, entonces, que la vida del árbol duraría muchos años más que la mía, pero, a veces ocurre lo inesperado, y sin pretenderlo, me he convertido en aquel «alguien» al que me referí en el artículo indicado. Gala es un magnífico escritor, por lo que cualquier intento de comparar mi modo de escribir con el suyo constituye un disparate. Sin embargo, en lo que se refiere a pena y sentimiento, los míos son superiores a los que él sintió, y esto es así no por lo que me atañe personalmente, sino por el hecho de que yo estoy acompañado por los vecinos y naturales de Villacarriedo, más otras muchas personas que

podieron admirar ese árbol irreplicable y majestuoso.

No lejos de La Cajigona existe en mi pueblo un lugar conocido como La Pesquera, poblado por varias decenas de cajigas centenarias que, también, han sido maltratadas y agredidas en demasiadas ocasiones. De nuevo el maldito alquitrán se utilizó hace varios años y su empleo tuvo como consecuencia el dar a varios árboles, sucumbiendo uno de ellos, abatido más por la estupidez humana que por el riego venenoso. En es lugar se han efectuado recientemente varias obras por el Gobierno de Cantabria, obras que han originado polémica y, de nuevo, el Gobierno muestra su incontenible afición a crear inventos tan inútiles como absurdos. Ya he dicho que ese lugar se llama La Pesquera, pues bien, el Gobierno se inventa el nombre de El Robledal, indicándolo en el correspondiente panel informativo. Por motivo similar ya he tenido que dar toques de atención a las consejerías de Agricultura y Cultura, obligándome actualmente a darle el toque a la Consejería de Medio Ambiente. Ese lugar se llama y se llamará La Pesquera.

La desaparición de La Cajigona puede tener algo positivo si en adelante se extremara el cuidado de los árboles de La Pesquera y de su entorno. Habrá que permanecer atentos. «Las espesas hojas y los entresijos ramos» no volverán ya a formar majestuosa corona en la copa del árbol, y no nos queda sino el triste remedio de aceptar lo ocurrido, aunque espero que la pérdida de nuestra querida vecina no empañe la alegría de haberla tenido entre nosotros.